

En este tiempo pues que se recela  
La venida de los alderredores,  
Encendieron con bija la candela  
En casa de uno destos pobladores:  
Las narices de los que hacen vela  
Al punto percibieron los olores;  
Fué cosa por entonces creedera  
Estar sobrellos toda la frontera.

Tocaron arma los que tienen voto,  
Pareciéndoles ser verdad patente:  
Levántase ruido y alboroto;  
En confusión se ve quien menos siente,  
Así como si fuera terremoto  
Que viene con obscuro de repente;  
Finalmente, la gente castellana  
Veló hasta que vino la mañana.

Después del sobresalto, que fué sumo,  
Llegada ya la luz del claro día,  
Aquella turbamulta se fué en humo  
Viendo cómo de humo procedía;  
Mas pues en este canto yo consumo  
Mas espacio de tiempo que debria,  
Y quedo cuasi sin aliento, quiero  
Cobrallo para el canto venidero.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de García de Lerma.

No cuantos tienen nombres de soldados  
Son dignos de por tales ser tenidos,  
Así como son muchos los llamados  
Y de los muchos pocos escogidos:  
Señalábase los hombres esforzados  
En animar á los que ven caídos,  
Porque en la haz del bélico tumulto  
Muchos veréis que son como de bulto.

Y así también en las calamidades  
En aquella sazón acontecidas,  
Había muchos destas vecindades  
Que no hacían cuenta de sus vidas,  
Y otros tenían las dificultades  
A sus buenos esfuerzos sometidas,  
Prestando á los demás, porque no penen,  
El ánimo y el brazo aquellos tienen.

Y el Lerma con aquestas turbaciones  
También se consumía con tristeza,  
Y quiso por las tales ocasiones  
Desamparar aquella fortaleza,  
Habidas muchas consideraciones  
Cerca de los peligros y pobreza;  
Pero viejos en estos menesteres  
Estaban de contrarios pareceres.

Destos antiguos era compañero  
Un Alonso Martín, hombre famoso,  
Varon en sus consejos muy entero  
Y en los trances de guerra venturoso,  
Único y admirable balastero:  
Aqueste, como cuerdo y animoso,  
A solas, sin testigos circunstanciales,  
Al Lerma dijo cosas semejantes:

«Pena tengo, señor, del mal suceso,  
Mas no me maravillo que lo haya;  
Pues en el caso próspero y avieso  
Nunca fortuna va por una raya:  
Mil coeces suele dar, mas no por eso  
El valeroso capitán desmaya,  
Antes cuanto mas flaco y abatido  
Menos se reconoce por vencido.

»Este mismo valor quiero que siga  
Varon que tiene tan ilustres prendas,  
Y que no lo desmaye la fatiga  
Causada del rigor destas contiendas,  
Por no dar ocasión á que se diga  
Que con miedo queréis volver las riendas;  
Pues tal murmuración el varon fuerte  
Procura de huir mas que de la muerte.

»Las obras y palabras de constante  
Anejas son á vuestro nacimiento;  
Y así conviene que para adelante  
Conozcamos en vos tan buen aliento,  
Que visto vuestro brio, se levante  
El mas acobardado pensamiento;  
Pues los soldados en cualquier demanda  
Andan con el calor del que los manda.

»Demás desto, señor, no tengais pena  
Por padecer pobreza de presente;  
Pues os daré también la bolsa llena,  
Si vuestra merced quiere darme gente:  
Prefiérome tener maña tan buena,  
Quel mas frio soldado se caliente,  
Porque ya conocéis ser el dinero  
Para los calentar gentil braserero.

»Si concebís acaso pensamiento  
De no cumplir agora salir fuera,  
Por padecer el pueblo detrimento,  
Estando de mal arte la frontera,  
Ningun temor tengais de movimiento,  
Que no se mueven tan á la lijera,  
Mayormente de los caballos buellan  
Y rompen, desbaratan y atropellan.

»Lo dicho me parece medicina  
Para poder salir desta congoja,  
Y el remedio que hace mas aína  
Fortísima la gente, de muy floja:  
Quien al os aconseja desatina,  
Y es lo demás andar de mula coja;  
Tengo mi parecer no por siniestro,  
Salva la corrección del mejor vuestro.

El Lerma procuró de estar atento,  
Como varon sagaz y bien compuesto,  
Y prometiéndole, no sin juramento,  
Habiéndole cuadrado lo propuesto,  
De le dar todo buen aviamiento,  
Y quel despacho dél seria presto,  
Por parecer consejos de discreto  
Y convenir ponellos en efeto.

Luego con instrumentos musicales  
Se mandó pregonar un mandamiento,  
Por el cual capitanes, oficiales  
Y soldados vinieron al momento;  
Y hechas de silencio las señales,  
Declaró Lerma con razonamiento  
Que hizo, pretender perseverancia,  
Del cual aquí ponemos la sustancia.

«Caballeros y amigos, el deseo  
Que para remediaros he tenido,  
Si no ciegan pasiones, yo bien creo  
Que cada cual lo tiene conocido;  
Pero, como sabeis, ningun empleo  
Hecimos que bien haya sucedido,  
Y así mi voluntad no hizo muestra  
De las obras debidas á la vuestra.

»Mas tras tormenta viene la bonanza,  
Que no viento contrario siempre vienta,  
Y así si nuestro mal hace mudanza,  
Y algun bien la fortuna nos aumenta,  
De mi ternéis entera confianza,  
No menos en honores que de renta,  
Habiendo cerca desta conveniencia  
También de vuestra parte diligencia.

»Pues mal triunfará quien no pelea,  
Y el mancebo galán ó viejo cano  
Menos alcanzará lo que desea  
Estando siempre mano sobre mano:  
Ejemplos vivos son los del aldea,  
Do quien no siembra, nunca coge grano,  
Y allí son los placeres y gasajos  
Donde nunca se buyen los trabajos.

»Todo peligro vencen los despiertos:  
Sueño y ociosidad es el que daña;  
Y así para borrar los desconciertos  
Pasados, cumple darnos buena maña  
Porque desamparar aquestos puestos  
Sepa quien lo pensare que se engaña,  
Pues á todos será muy mal contado  
Perder lo que los otros han ganado.

»Y así quiero que luego salga fuera  
Un escuadron de hasta cien soldados,  
Que vayan recorriendo la frontera  
De los pueblos que están muy sosegados,  
Con cuerdo capitán, de quien se espera  
Que todos volverán aprovechados,  
Y es Alonso Martín, amigo vuestro,  
En cualesquiera cargos hombre diestro.

»Para mas alentaros al camino  
Y averiguar alguna diferencia,  
Irá Pedro de Lerma, mi sobrino,  
De cuyo valor hay gran experiencia,  
No solo con el bárbaro vecino,  
Mas en otra cualquiera competencia:  
Es Fernando Pizarro buen testigo,  
Que huelga de tenello por amigo.

»Y así juró después de la recilla  
Que le vistéis tener con el Fernando,  
Que si Dios lo volvia de Castilla,  
De le dar en Pirú general mando;  
La cual promesa fué para cumplilla,  
Pues, según piensan uno y otro bando,  
El Almagro y Pizarro llevan viento  
Que los ha de traer á rompimiento.

»Pero dejemos amistad enferma;  
Volvamos al negocio mas urgente:  
Digo que tiene de ir Pedro de Lerma  
Con Alonso Martín, que está presente,  
Al cual encargo yo que no se duerma,  
Sino que luego salga con la gente,  
Pues entendemos quel efecto desto  
Tanto mejor será cuanto mas presto.

Dada declaración de sus intentos,  
Contrarios á cobardes pareceres,  
Cobraron los antiguos sus alientos  
Y los que allí tenían sus mujeres;  
No menos fueron ledos y contentos  
Aquellos cudiciosos mercaderes,  
Que con el esperanza de rancheos  
Les habían fiado sus empleos.

Calzase luego de lijeras suelas,  
Que de caballos todos iban faltos:  
Anjeos y coletas son las telas  
Que cubren á los bajos y á los altos;  
Caminan como diestras alcavelas  
De lobos cuando van á hacer saltos,  
Mas ó menos en fuerzas, pero tales,  
Que en la destreza todos son iguales.

Va Juan de Céspedes, varon famoso,  
Dignísimo de historia mas entera;  
Van Pedro de Sanlúcar y Moscoso,  
Bueno y el capitán Juan de Ribera,  
Luis de Manjarés el animoso,  
Mancebo que después en otra era  
Fué de aquella ciudad el ornamento,  
Su vida, su salud y su sustento.

Pedro de San Martín y Cascajales,  
Santana, San Millán, Martín de Frias,  
Blasco, Martín Monroy, Andrés Gonzalez,  
Y Lorenzo Martín, cuyas poesías  
No fueron de las menos principales:  
Los cuales yo tracté por muchos dias,  
O los mas dellos, cuyos hechos buenos  
Elogios merecian muy mas llenos.

Y Domingo de Aguirre, vizcaino,  
Que fué tal cual conviene que hombre sea,  
En el tiempo de paz varon benino,  
Fortísimo leon en la pelea;  
El cual al rematar de su camino  
A mí me señaló por albacea,  
Y soy su capellán en este dia,  
Y mi morada es la que él tenía.

Soldado principal desta conquista  
Y gran descubridor de sus rincones;  
Y como quien testigo fué de vista,  
También en escribir gastó renglones,  
Porque de cosas varias hizo lista  
Y me dejó cumplidas relaciones,  
Las cuales tengo yo por escriptura  
Tan buena, que contiene verdad pura.

Salieron pues, y el amistad antigua  
Sustenta Mamatoco, que los ama;  
Pasando van por Zaca y por Origua;  
Bien recibidos son en Irotama;  
Saliéronles de paz los de Bondigua,  
Y lo mismo hicieron en Chairama:  
Todos ellos traían manos llenas  
De los dones que dan doradas venas.

Van á los siete pueblos comarcanos  
En torno de brevisima distancia,  
Donde fueron señores siete hermanos,  
Cada cual dellos hombre de sustancia:  
Allí les presentaron ricos granos  
De oro y otras joyas de importancia;  
Por otros pueblos van desta manera  
Corriendo faldas de la cordillera.

Mas por consejo del que los regia,  
Nunca jamás la gente castellana  
En el lugar do les anochecía  
Esperaban la luz de la mañana:  
En diferente parte ven el dia,  
Porque si la canalla, como vana,  
Usase de las suyas en asechos,  
Los hallaren de allí prolijos trechos.

Por otros pueblos pasan por la posta,  
Mas siempre su caudal se perficiona  
De ricos dones; y con ser angosta  
Y de pocos soldados la corona,  
Dejaron estos pueblos de la costa  
Y entraron en el valle de Tairona,  
De cuya boca fueron centinelas  
Los del pueblo llamado las Pijuelas.

Es valle de profundas angosturas,  
Que rápida corriente lo reparte;  
Pero las mesas dél y sus alturas  
Bien pobladas en una y otra parte  
De gente, curiosas las culturas,  
Casas pajizas, pero de buen arte,  
Y su grandeza y latitud es tanta,  
Que de caneyes grandes es la planta.

El caudal destos indios fué solene  
Entre tanto que por aquel asiento  
Cudicia no llegó que lo cercene  
De los que suelen ir en seguimiento:  
Hay auríferas venas, y allí tiene  
El rio de Don Diego nacimiento,  
El cual, por muerte deste caballero,  
Del nombre lo hicieron heredero.

Sus vados grandemente peligrosos  
Para los naturales y estranjeros,  
Porque sus cursos van impetuosos,  
Y de grandísimos despeñaderos:  
Hay puentes de bejucos correosos  
Asidos á los árboles fronteros,  
Donde son menester sólidas sienes,  
Porque quien pasa da muchos vaivenes.

Entrando por el valle la bandera  
Del español, que fué de breve lista,  
Alborotáronse sobremanera  
Los indios, recelando su conquista,  
Y también porque fué la vez primera  
Que se desayunaban con su vista:  
Cubre los altos cuantidad inmensa  
Apercibidos para su defensa.

Mas Alonso Martín, con lengua diestra  
Y en aquella de tairon instruida,  
Con señas y palabras hizo muestra  
No ser á mal efecto su venida,  
Diciendo: «Si queréis amistad nuestra,  
La vuestra no será mal recibida,  
Pues deseamos ser vuestros hermanos,  
Sin que jamás vengamos á las manos.

»No trae para furias de peleas  
Ninguno de nosotros intenciones,  
No colleras ni duras arropas,  
Ni hierros que semejen á prisiones:  
Antes traemos joyas y preseas  
A fin de celebrar contractaciones,  
Para que deis vosotros y acá demos  
Las cosas de mas precio que tenemos.

» Daremos cantidad de herramientas  
Con que podeis talar estas riberas,  
Y sin sudor hacellas opulentas,  
Engrandeciendo vuestras sementeras:  
Traemos demás desto muchas cuentas,  
Muchos peines, cuchillos y tijeras,  
Sombreros y bonetes colorados,  
Y camisas con cuellos bien labrados.

» A los indios que están á las vertientes  
De la mar, y aun distantes buenos ratos,  
Tenemos por amigos y parientes,  
Y todos ellos se nos muestran gratos,  
Holgándose de ver cristianas gentes  
Y de tener sus tractos y contratos;  
De cosas que tenemos se proveen,  
Y ellos nos dan el oro que poseen.

» Si haceis esto con los peregrinos  
Que de presente veis en vuestras cumbres,  
Seguros podeis ir por los caminos  
A vuestros tractos, usos y costumbres:  
Mas si no, de los términos marinos  
Vernán aquí crecidas muchedumbres  
Y tantos escuadrones de cristianos  
Que todos estos cerros hagan llanos.

» Aunque, si no huís inconvenientes  
Y estais en vuestro mal perseverantes,  
Los poquitos que veis aquí presentes  
Para cosas mayores son bastantes:  
Por tanto cesen vanos accidentes,  
Volved al buen sosiego como antes,  
Porque la buena paz á nadie daña  
Y á muchos destruyó la ciega saña.

A las palabras y comedimientos  
De quietud, amor y de templanza,  
Estuvieron los bárbaros atentos,  
Admirados de ver la confianza  
Que tenían los pocos y hambrientos,  
Innumerable siendo su pujanza;  
Y el indio principal Gairacimonde  
Estas palabras breves les responde:

« Bien vemos que fastidian y empalagan  
Rencillas y guerreras disensiones,  
Y que de los contractos que se pagan  
Redunda bien á todas las naciones,  
Como los tales sean y se hagan  
Con el peso de sanas intenciones;  
Y así debajo destas cualidades  
Quiero y acepto vuestras amistades. »

Luego de las alturas bajó gente  
Con ledo rostro, sin minace brazo:  
Gairacimonde con alegre frente  
Al Alonso Martín dió gran abrazo,  
Y los mas principales en presente  
Ofrecieron de joyas buen pedazo,  
Y en los rescates el que mas ayuno  
Abalanzaba mas de mil por uno.

Acudió menos de lo que pensaron,  
Por no tener el oro valor lleno;  
Y en tres ó cuatro dias que tardaron  
En sus contractos por aquel terreno,  
En patente y oculto rescataron  
Mas de noventa mil pesos de bueno,  
Con la cual granjería que fué cierta  
Resucitó la gente cuasi muerta.

Dijo pues á los indios que estaria  
Allí para buscar mas interese  
Hasta ya coneluir quinceño dia,  
A fin de que mas oro se le diese;  
Mas esa misma noche hizo via  
Y salió sin que nadie lo sintiese,  
De la manera dicha proveido,  
Sin quedar hombre muerto ni herido.

Llegaron á los puertos deseados,  
Do con aplauso fueron recibidos  
Y del gobernador fueron honrados,  
Acariciados y favorecidos,  
Aunque quedaron no pocos soldados  
Acerca de sus partes desabrídos,  
Y es porque pretendia mayor parte  
El mas inútil en el estandarte.

Y estas son por acá querellas viejas,  
Pues que los mas ruines y mas bastos  
Quieren correr con todos las parejas,  
Y de lo que no tienen hacen fastos:  
De modo que el rehús de las ovejas  
No se contenta con medianos pastos,  
Y no deja de dar al bueno pena  
El ver cómo se meten en docena.

Pero dejémoslos con sus locuras  
Y verbos en que hacen gran instancia.  
Digo que por aquellas espesuras  
Del puerto y fuera del poca distancia,  
Se descubrieron muchas sepulturas  
De donde resultó harta ganancia,  
Porque todos los indios principales  
Se entierran con sus joyas y caudales.

Un hoyo se cavaba que á buen sondo  
De la profundidad que contenia  
Un estado seria lo mas fondo,  
El cual derechamente descendia  
Bien así como pozo muy redondo,  
Y en lo mas bajo deste se hacia  
Un grande socabón con partes anchas  
Losado todo él de lisas lanchas.

Puestos los edificios en su punto,  
Aunque no por artifice romano,  
En un duho sentaban al difunto,  
Con sus arcos y flechas en la mano,  
Vasos de sus bebidas allí junto,  
Y bollos y tortillas de su grano,  
Compuesta y adornada la persona  
Con joyas de oro, cuentas y cacona.

Hallaron muchos en aquellos puertos  
No poca cantidad destes archivos,  
Por el industria de los mas espertos,  
A quien no defraudaron sus motivos;  
Y así desenterrando cuerpos muertos,  
Resucitaron muchos hombres vivos,  
Pues el que mejor la camiseta  
Hablabá como dicen de la oseta.

Mas el gobernador luego procura  
Con toda la posible diligencia  
Que ninguno sacase sepultura  
Si no fuese mediante su licencia:  
Parecióles á todos cosa dura,  
Y renegaban ya de la paciencia;  
Y mas que se tomaba las mejores  
Quitándolas á los descubridores.

Quedaron ansimismo descontentos  
Porque de pueblos mas acomodados  
Señaló suertes ó repartimientos  
Dándoles lo mejor á sus criados;  
Y así los hombres de merecimientos  
Quejosos se mostraron y agraviados,  
Y la demora no se señalaba,  
Sino quien mas podia mas sacaba.

Pues cierta cosa es y averiguada,  
Que cuando la tal renta se pedia,  
El cacique menor de la Ramada  
Les daba todo el oro que cabia  
En una caja grande ensayalada  
Que de piezas labradas se henchia,  
Y aun aquel hueco que juntar no pudo  
Rehenchian de oro mas menudo.

Cobrado gran caudal en oro puro,  
Fingian irse con aquel carguio,  
Y al tiempo que dormía mas seguro  
El indio que les dió tan buen avio,  
El español volvia con obscuro  
A salear el resto del buhio,  
Privándole de todos sus haberes  
Y de queridas hijas y mujeres.

Con estas desvergüenzas y solturas  
Estos indios se fueron despoblando,  
Metiéndose por grandes espesuras,  
Potente poblacion anihilando,  
Y aun hicieron algunas travesuras  
Con los que los andaban salteando,  
Pues mataban personas españolas  
Cuando las encontraban á sus solas.

En aquesta sazón y en esta parte  
Humedeó su faz el duro suelo  
Con la sangre de Antonio de Yusarte,  
Hermano de Hierónimo de Melo,  
Que para la bandera y estandarte  
Fué grave turbacion y desconsuelo.  
Por ser de gran valor estos hermanos,  
Y de los principales lusitanos.

Y así fué que buscando cierto dia  
En una pequenuela carabela  
Perlas de que noticia se tenia  
En la costa del Cabo de la Vela,  
En la Ramada vieron ranchería  
Y cerca de la playa gran candela:  
Antonio de Yusarte salió fuera  
Creuyendo ser de paz como antes era.

Con solos diez y seis soldados llega  
A fin de les pedir mantenimiento:  
Recibieronlo bien, y él se sosiega  
Como vido su buen comedimiento;  
Mas luego sobrevino la refriega  
Que fué su destruccion y acabamiento,  
Con tan impetuosos desconciertos,  
Que en breve tiempo todos fueron muertos.

El barco como viese hecha sarta  
De cabezas de cuerpos divididas,  
Antes que contra él la furia parta  
Al viento dió las velas estendidas:  
Llegó con dos ó tres á Santa Marta  
Llorando las desgracias sucedidas;  
Los principales vistense de duelo,  
Sin lo saber Hierónimo de Melo.

Desto fué la razon estar ausente  
Y andar la costa abajo descubriendo  
En una carabela con la gente  
Que como capitán iba rigiendo;  
El cual por ser sagaz y diligente  
En gracia y en honor iba subiendo,  
Y este Melo halló la boca llena  
Del río grande de la Magdalena.

Y como los designos en que estriba  
Era sacar á luz no vistas sillars,  
Determinó subir por él arriba  
A ver lo que contienen sus orillas:  
Mandó pues que su gente se aperciba  
Armando las espaldas y termillas,  
Y toldando también de dura tela  
Aquel espacio de la carabela.

Hechas estas y otras prevenciones,  
Subieron sin que viento los resistia,  
Y con la cantidad de poblaciones  
Hincheron los deseos y la vista;  
Pero tan deshonestas las naciones,  
Que no tienen cubierta que los vista:  
Oro labrado traen ellas y ellos  
En orejas, narices y en los cuellos.

Tomó del inventor el nombramiento  
La primera ciudad en aquel suelo,  
Y aun hasta hoy le llaman al asiento  
El pueblo de Hierónimo de Melo,  
No para que durase con aumento,  
Pues no parece ya hueso ni pelo,  
Solamente nos queda la memoria  
De grandeza tan grande y tan notoria.

Con recato guiaba su carrera  
El Melo con la gente de Castilla:  
No va por la corriente muy afuera,  
Ni tampoco pegado con la orilla;  
Cubriase de indios la ribera  
A ver la nunca vista maravilla;  
Un indio que llevaban los entiendo,  
Y les pregunta lo que se entiende.

Rogándoles que no hagan bullicio  
Por ver el espectáculo presente,  
Pues los que ven no tienen por oficio  
Dannificar al bueno y obediente:  
Solo quieren traerlos al servicio  
De un gran señor, monarca prepotente,  
A quien por su virtud, valor, clemencia,  
Todos los hombres deben obediencia.

Que de ninguno recibirán daño  
Si fuesen sus vasallos y subyotos,  
Y deste verdadero desengaño  
Resultarán también otros efectos:  
Que vernán al católico rebaño  
Do vivirán seguros y quietos,  
Con la noticia y el conocimiento  
De aquel que les dió ser, vida y sustento.

Respondieronle ciertos capitanes  
Que parecían ser allí mayores:  
« Andad para bellacos, haraganes,  
Infames, mentirosos, burladores,  
Que pretendéis comer ajenos panes  
Donde no derramais vuestros sudores;  
Pues Pocigüeyca ya nos dió noticia  
De vuestras propiedades y cudicia. »

» Si venís á cobrar algún tributo,  
Aguilas de oro, petos y celadas,  
Luego como pongais pies en enjuto  
Las hallareis tan bien aderezadas,  
Que nunca volveréis sin aquel fruto  
Que sacastes de aquellas cabalgadas. »  
Esto decian y otras muchas cosas,  
Y disparaban flechas venenosas.

Mas arriba de allí suben atoas,  
Por no les ayudar viento bastante,  
Mas luego sobre mas de mil canoas  
Vieron llenas de indios por delante,  
Que con todo favor guian las proas  
Para tentar al nuevo navegante,  
El cual por escapar de la revuelta  
A la mar procuró de dar la vuelta.

Al impetu se van de las corrientes  
Las velas á los aires estendiendo:  
Los muchos y atrevidos combatientes  
No con priesa menor los van siguiendo;  
Innumerables flechas van pendientes  
Del toldo del bajel que va huyendo,  
Porque fuera notable desatino  
No huir tan terrible torbellino.

Y cuanto mas duraba la carrera,  
Iba la tempestad en mas aumento,  
Hasta tanto que ya salieron fuera  
A las ondas del mar y largo viento:  
Los indios vuelta dan á su ribera  
Por no podellos ir en seguimiento.  
Así que consta ser este navio  
El primero que entró por este río.

Metió todos sus hombres en el puerto,  
Ninguno mal parado, sino sano,  
Y por lo que dejaba descubierto  
Alegre se mostró y algo lozano;  
Pero como dijeron ya ser muerto  
A manos de los indios el hermano,  
La pena que tomó fué tan crecida  
Que le quitó los dias de la vida.

No menos esta muerte fué llorada  
De todos por tenello por amigo,  
Y para que también fuese vengada  
La de Antonio Yusarte que ya digo,  
Determinaron ir á la Ramada  
Para hacer un ejemplar castigo;  
Y así se tomó dello tal venganza  
Que todo fué rigor y destemplanza.

Luego se caminó por las salinas  
Y por zavasanas secas y arenosas,  
Hasta venir á dar á los cocinas,  
Gentes desesperadas y animosas,  
Con quien entre cardones y entre espinas  
Tuvieron competencias rigurosas,  
Y después de vencidos, en su villa  
Hallaron ropa fresca de Castilla.

Admiráronse todos de repente  
Viendo mercadería sin mercado,  
Mas luego conocieron claramente  
Ser de gente que habia naufragado,  
Sin que lo declarase delincuente,  
Ni diese cuenta deste mal recado;  
Mas todos recogieron ropa harta  
Y se partieron para Santa Marta.

Al río de la Hacha caminando,  
Antes que se pasase su ribera,  
Por sus mismas pisadas aguijando  
Dos hombres ven venir á la lijera:  
Sabian bien que no son de su bando,  
Y así toda la gente los espera,  
Reconociendo con la vista sola  
Que debía de ser gente española.

Llegaron no sin grande desconsuelo,  
El uno sacerdote y otro lego,  
Y hincan las rodillas en el suelo,  
Sin que tomasen punto de sosiego,  
Porque poner los ojos en el cielo  
Fué lo primero que hicieron luego,  
Dando gracias á Dios que les dió tino  
Para ver y tomar aquel camino.

Luego de su negocio dieron cuenta  
Con voz que mil suspiros entremete,  
Diciendo que corrieron gran tormenta  
Y dieron al través en el portete,  
Donde gente feroz, cruel, sangrienta,  
Despojaron de vida ciento y siete  
De pasajeros y de mercaderes,  
Sin perdonar á niños ni mujeres.

Los seis dellos se habían abscondido  
Escabulléndose de la refriega,  
Y fueron por camino no sabido  
El tiempo que duró la noche ciega:  
Cuatro dellos habían perecido  
Porque la sed á muerte los entrega;  
Y escapar ellos del inconveniente  
Fué milagro de Dios harto patente.

Pues caminando por una zavana  
De noche, vieron rastros de caballos,  
Y allí durmieron hasta la mañana  
Para poder mejor certificarlos;  
Y con divina fuerza mas que humana  
Grande prieta se dan por alcanzallos,  
Pues quiso Dios que sin merecimiento  
Tuviese su deseo cumplimiento.

Pesóles de tan áspero suceso;  
Y la fatiga destos remediada,  
El náufrago soltero y el profeso  
Con los demás se van á la Ramada,  
Donde otra vez usaron del esceso  
Dándoles una buena trasnochada,  
So color del castigo dicho antes  
Y causas que decian ser bastantes.

Pero demás de aquellos delinquentes  
Que fueron agresores y culpados,  
Algunos miserables inocentes  
Fueron contra justicia castigados  
Con penas y castigos insolentes,  
A todas crueldades arrojados,  
Y las cudicias grandes del injusto  
Ordenaban los cargos á su gusto.

Y aunque el gobernador no lo sabía,  
Antes refrenó siempre los rigores,  
Las malas intenciones todavía  
Criaron coronistas y escriptores,  
Pues quien sabia menos, escribia  
Al gran emperador ó á los oidores  
Que la Española tiene con audiencia,  
Pidiendo contra Lerma residencia.

El cual ya poseido deste miedo,  
Determinóse de enviar á España  
A su criado Nuño de Sagredo  
En confianza de su buena maña,  
Y llevar en derecho de su dedo  
Prohanzas hechas contra quien le daña;  
Pues nunca faltan á quien manda junta  
Mil testigos que hinchán la pregunta.

Fueron pues las prohanzas gran embargo  
Para se despintar algunos daños  
Que resultarían del proceso largo  
Primero que probara ser engaños;  
Y así le vino luego de su cargo  
Prorogacion de tres ó cuatro años,  
Y á los mas flacos en sus amistades  
Procuró de ganar las voluntades.

Mayormente de hombres que tenían  
Algunas honorosas cualidades;  
Y porque muchos otros padecían  
Varias dolencias y necesidades,  
Hospital hizo do se recogían  
Y se curaban las enfermedades;  
Y estas espensas eran á su costa,  
Que cierto no podía ser angosta.

También socorrería con sustento  
Don fray Tomás Ortiz, sabio prelado,  
A quien el Lerma dió repartimiento,  
Que fué Bondigua, pueblo celebrado,  
Donde hacia principal asiento,  
Y por esto no poco murmurado,  
Por ser allí las grandes fundiciones  
De las mas comarcanas poblaciones.

De manera que la comun malicia  
Su vida religiosa maculaba,  
Diciendo muchos dellos que cudicia  
A residir allí lo convidaba,  
Y con diestros ministros de avaricia  
Alguna joya mas se le pegaba;  
Mas él decia ser intencion sana  
Y por les enseñar la fe cristiana.

Solían pues soldados ir á obscuras  
Para sacar sepulcros acechados,  
Algunos solos á sus aventuras,  
Por causa de los mandos publicados;  
Y así fueron á muchas sepulturas  
Sin que fuesen en ellas sepultados,  
Pues por asechos en lugares ciertos  
De los vecinos indios eran muertos.

De suerte que por muchas sinrazones  
Que se hicieron en aquella era,  
Conmutaron los indios condiciones  
Quitando paz á toda la frontera,  
Dorsino, Gaira y los demás ancones,  
El de la tierra dentro y el de fuera,  
Sin acudir á tracto ni contrato,  
Ni dalles grano caro ni barato.

Mas ya por otras tierras y partidos  
Iba volando la veloce fama  
De los ricos sepulcros referidos,  
Con trompa de cudicia que los llama  
Y un son que delectaba los oídos  
Del cupido galán y de la dama:  
Así que ya tenia Santa Marta  
De los recién venidos gente harta.

Tanto, que de la mucha que venia  
Estaban llenos hasta los rincones,  
Y en la misma sazón también habia  
Necesidad con indisposiciones,  
Que Lerma por su parte socorría  
Con algunos regalos y raciones,  
No para ser cabal mantenimiento,  
Sino manera de entretenimiento.

Mas el soldado que salud tenia  
Quisiera navegar con otros vientos,  
Porque la causa por que se movía  
Eran conquistas y descubrimientos,  
Y andando rancheando todavía  
Hallaba sin dineros alimentos;  
De suerte que la gente mas granada  
Deseaba hacer algun entrada.

Allí Pedro de Lerma florecia  
En el tiempo que desto se tractaba,  
Cuya buena presencia prometía  
Aquello que por obras ya mostraba:  
En esfuero, valor y gallardía,  
Aviso y discrecion se señalaba,  
Y en recuentros habia dado muestra  
Cual la podía dar persona diestra.

Joven, gallardo y en edad florida,  
Bien acondicionado, bien dispuesto,  
La barba roja, llena, proveída,  
Y de gracioso y agradable gesto,  
Cualquiera proporcion tan por medida  
Que no tenia miembro mal compuesto;  
En la conversacion era suave,  
No muy regocijado ni muy grave.

Ofrécese también á la memoria  
Como decia dél alguna gente  
Su nombre propio ser Pedro de Soria,  
Y el Lerma no venille propriamente,  
Y aun afirmaban por cosa notoria  
No ser deudo del Lerma ni pariente;  
Pero no sabré dar razon bastante  
Por qué decian cosa semejante.

Pues antes y después que con él vino,  
A todos ellos era manifiesto  
Tratallo Lerma como su sobrino,  
Y cuasi semejaban en el gesto:  
Juzgamos pues de aquí ser desatino  
Los que creían lo contrario desto;  
Y así con ser el Pedro mozo tierno  
Lo hizo general de su gobierno.

Pues como general entonces era  
Con todas las anejas condiciones,  
Aderezose para salir fuera  
Con doscientos destrimidos peones:  
Que caballos en ninguna manera  
Pueden subir aquellos reventones,  
Y mas adonde van valles horribles  
Cuyas entradas son inaccesibles.

Bocarabuey le llaman al primero,  
Y Bongay es el nombre del segundo;  
Profundísimos son entrambos, pero  
El de Bocarabuey es mas profundo,  
Rodeado de tal despeñadero  
Que no puede ser mas en este mundo;  
Están mas adelante de Tairona  
Al paraje del paso de Marona.

En ellos entran por un angostura  
Aspera para gentes extranjeras:  
De dentro no contienen gran anchura,  
Pero poblados van por las laderas;  
De yuca y de maiz es la cultura;  
Son todas gentes ricas y guerreras,  
Y bien como venados van lijeros  
Por peñascos y por despeñaderos.

Pues por los pasos mas acomodados  
El general entró con los que lleva,  
Y para ser los indios avisados,  
Su propia vista les llevó la nueva:  
Fueron en breve tiempo convocados  
Para venir en fuerzas á la prueba,  
Mas un cacique dicho Sollozoa  
Con aquesta razon abrió la boca:

«Si conocemos términos discretos  
No conviene que nos alborotemos,  
Pensando que hará malos efectos  
La poca cantidad destos que vemos;  
Y así mi parecer es que quietos  
Y con paz y amistad los esperemos,  
Satisfaciendo bien sus intenciones  
Con alimentos y con ricos dones.

«Haremos al contrario descuidado,  
Viendo que se le da buen acogida,  
Y no reposará sobresaltado  
Y con su gente bien apercebida;  
Y así podremos darnos buen recado  
En rivallos á todos de la vida,  
Cobrando sin ningun inconveniente  
Nuestro caudal y el suyo juntamente.»

A todos pareció consejo bueno,  
Y se ciñeron desta confianza:  
En quietud pusieron el terreno,  
Reduciendo sus gritos á templanza,  
Creuyendo ver aquel efeto lleno  
De los que les promete su esperanza,  
Midiendo todos ellos los efectos  
Segun sus pensamientos y concetos.

Entre tanto llegaron los cristianos  
Hablandoles con lenguas convinientes  
Y haciéndoles señas con las manos  
Para mas mitigar sus accidentes,  
Diciéndoles: «Queremos ser hermanos,  
Amigos vuestros, deudos y parientes,  
Y que tengais por bien dar obediencia  
A un rey de grandísima potencia.

«A cuya fuerza no hay opuestos muros,  
Ni rebelde que luego no despoje:  
Sobre potentes reyes tiene juro,  
Y á su dominio todos los recoge;  
Viven libres, quietos y seguros  
Los suyos, sin que nadie los enoje,  
Y desta libertad y beneficio  
Gozareis si venis á su servicio.

«Si celebrades estas amistades,  
Serán á todas partes honorosas;  
Y porque nuestras buenas voluntades  
Gonozcais, os daremos muchas cosas  
Que para vuestras huertas y heredades  
Muy necesarias son y provechosas,  
Y vosotros dareis en pagamento  
Eso que solo sirve de ornamento.»

A do paró la gente castellana  
Bajaron luego muchos principales,  
Así mancebos como gente cana,  
No sin ostentacion de sus caudales:  
Arco no parecia ni macana,  
Antes de paz son todas las señales;  
Ven de joyas de oro tal aumento  
Que daban al deseo henchimiento.

Y recibidos los primeros dones  
Y presentes que fueron de sustancia,  
Se comenzaron las contractaciones  
Ricas y no de menos importancia,  
Porque las maliciosas intenciones  
Se holgaban en dar cualquier ganancia,  
Tanto que del caudal y venta hecha  
Cada cual concibió mala sospecha.

El sol iba sus carros recogiendo  
Al hemisferio del opuesto cielo,  
La lumbre de sus rayos abscondiendo  
A los habitadores deste suelo,  
Y el alegre color se va vistiendo  
De la librea del nocturno velo,  
Cesando por aquel inconveniente  
Contractos y el concurso de la gente.

Y así dijeron á las compañías  
Que del lugar hacian mudamiento,  
Que no fuesen pesadas ni tardias  
En acudir con reconocimiento,  
Pues habian de estar por muchos dias  
Dentro del valle y en aquel asiento,  
Donde les convenia regalallos,  
Porque, si no, saldrán á castigallos.

Pero ya despedidos los postreros,  
El general habló con sus soldados,  
Y en secreto les dijo: «Caballeros,  
Ya nosotros tenemos embolsados  
Cantidad no pequeña de dineros,  
Pues pasan de cincuenta mil ducados:  
Páreceme determinacion cuerda  
Poner la presa donde no se pierda.

«Pues sospechosa es la buena gana  
Con que dan sus haciendas los escasos,  
Y así querria que con obscurana  
No fuesen nuestros piés flojos ni lasos,  
Porque cuando llegase la mañana  
Tuviésemos tomados malos pasos,  
Do sin riesgo podemos en la cumbre  
Defendernos de tanta muchedumbre.

A todos ellos en cabildo juntos  
Les pareció consejo de discreto,  
Y el parecer que daba ser trasunto  
De lo mas subatancial y mas perfeto;  
Y con sus joyas en el mismo punto  
La partida pusieron en efeto,  
De manera que fueron con obscuro  
Hasta llegar á puerto mas seguro.

Quando llegaron, ya la bella dama  
Del antiguo Titon mostró la cara,  
E ya salía de la dulce cama  
Adonde del cansancio se repara,  
Y en la misma sazón febea llama  
Volvia las tinieblas en luz clara,  
De suerte que los ojos en su daño  
Ya no podían padecer engaño.

Apenas pues los nuestros poseían  
Los altos y postreros reventones,  
Cuando tras ellos vieron que venían  
Desnudos y atrevidos escuadrones,  
Que de diversas partes descendían  
Con armas y dañadas intenciones,  
Haciendo que con mas furia se muevan  
Ver que se van y ver lo que les llevan.

Los que mas dieron mas se señalaban  
En ánimo y en dar paso ligero,  
Para con fin de los que lo llevaban  
Cobrar por fuerza de armas el dinero;  
Pero para llegar adonde estaban  
Habían de subir por contadero,  
Porque el espacio desta serranía  
Por otra parte no les daba vía.

Nuestras gentes estaban descansadas,  
Puestos a punto tiros de ballesta,  
Y prestos los escudos y celadas,  
Hoja desnuda y en la mano presta,  
Muchas galgas de piedras allegadas  
Para soltallas por la baja cuesta,  
Y por tener el alto lugar fuerte  
Ningun temor tenían a la muerte.

Los indios a las faldas del altura  
Y congregado número sin cuento,  
Por las ásperas sendas se procura  
Subir, y suben con gentil aliento;  
Mas por perseverar en su locura  
Muchos dellos oyieron fin sangriento  
Con crecido peñasco que rodante  
Barria los opuestos por delante.

El cual con aquel impetu violento  
Rompió de tal manera cuanto halla,  
Que quedaron sin vida mas de ciento  
Y derribada mucha mas canalla:  
Al modo de terrible rompimiento  
En grave y asperísima batalla,  
Donde caen los muertos y los sanos  
Y unos quedan sin piés y otros sin manos.

Visto su mal principio de contiendas  
Con gentes tan mañosas y atrevidas,  
Determinaron de volver las riendas  
De seguir los alcances despedidas,  
Y mas quisieron no cobrar haciendas  
Que perder las haciendas y las vidas:  
De manera que nuestros peregrinos  
Prosiguen sin estorbo sus caminos.

Llegaron a Bongay y entraron dentro:  
Conocen ser la tierra mas amena,  
Mas aperciense para recuento,  
Por ver de gentes la zavana llena;  
Pero de paz salieron al encuentro,  
Escarmentados en cabeza ajena;  
Dieron presentes, y el rescate hecho  
Fué de veinte mil pesos el provecho.

Vista la presa pues no ser angosta,  
Antes digno caudal de ser guardado,  
Del valle se partieron por la posta  
A fin de lo poner a buen recado;  
Finalmente salieron a la costa,  
Y fueron a su puerto deseado,  
Donde la gente del se hizo presta  
Para los recibir con grande fiesta.

Descansaron después en la marina  
Algun tiempo, que fueron pocos días;  
Pero cebados en la golosina  
Del oro que les daban rancherías,  
El buen Pedro de Lerma determina  
Salir a descubrir por otras vías,  
Y con trescientos hombres y el bagaje  
La costa abajo hacen su viaje.

Soldados de valor son todos ellos,  
En guerra cada cual ejercitado;  
Acia Chinila van guiando buellos  
Por bosque que hallaban despoblado;  
Don fray Tomás Ortiz iba con ellos,  
Primer obispo ya conmemorado,  
Al cual ya parecían pasos malos  
Aquellos que carecen de regalos.

Demás de ser la tierra no bien sana,  
Antes de tal calor que los abrasa,  
Mas al fin fueron a provincia llana,  
Que llamaron Caribes, tierra rasa,  
No porque allí comiesen carne humana,  
Mas porque defendían bien su casa;  
Y así hicieron diez caballos menos  
Y diez y seis soldados de los buenos.

Porque ponían cautelosamente  
Preseas a las puertas do moraban,  
Y al tiempo del tomar, incontinentemente  
Los que vivían dentro los flechaban;  
Y ansimismo mataron mas de veinte  
De los amigos indios que llevaban,  
Que para les servir iban de Bonda  
Y otros pueblos que hay a la redonda.

Cuando tomaron la ciudad primera  
Desta provincia castellanaz lanzas,  
Estaban muchos moradores fuera  
Ocupados en casas y labranzas;  
Mas son de viva voz los recupera,  
Volviendo los deseos de venganzas,  
Y viéronlos venir los peregrinos  
Que velaban entradas y caminos.

Tocaron arma para subyectillos,  
Y suenan las trompetas con su canto;  
Salieron al encuentro los caballos  
A los indios poniendo gran espanto,  
Dejándose caer por no mirallos,  
A causa que no vieron otro tanto;  
Y así prendieron a cuarenta dellos,  
Poniéndoles prisiones en los cuellos.

Y destes uno para ser gigante  
Naturaleza no lo hizo falto,  
En la ferocidad y en el semblante,  
En miembros, lijereza y en el salto;  
Y en altor de los brazos adelante  
Era sobre los altos muy mas alto,  
Y de los españoles los mas hechos  
Apenas le llegaban a los pechos.

Aqueste solo hizo resistencia  
Y se mostraba ser lozano gallo;  
Mas volvió sus furoros en paciencia,  
Viendo sobre sí tantos de caballo:  
Aprisionáronlo con diligencia,  
Y muchos hombres fueron en guardallo;  
Y allí con voz que gran temor ponía  
A los presos con él reprehendía.

Deciales así: «Flacos villanos,  
A quien su propia cobardía daña,  
Tantos en escuadron y a mi cercanos,  
¿Cómo nunca supistes daros maña  
Y me dejastes solo y entre manos  
De gente que os constaba ser estraña?  
Pues con uno que espaldas me hiciera  
Nadie me subyectara ni riudiera.»

» Antes a no perder mi fuerte maza  
Por vuestra culpa, tales ocasiones  
Ella diera, tan buen orden y traza  
En machucar cabezas de ladrones,  
Que de cuantos estaban en la plaza  
Solamente quedaran los troncones,  
Y todos sin tomar ningunos presos  
Rociaran la tierra con sus sesos.»

Los bárbaros amigos que lo vían  
En enojo y furor tan encendido,  
Por algunos vocablos coligian  
De las palabras dichas el sentido;  
Y como su venganza pretendían  
Por ocasion del daño recibido,  
Pidieron al gigante por su suerte,  
Para vengarse dándole la muerte.

Pedro de Lerma, por les dar contento,  
Mandóles entregar el indio luego,  
Muy fuera de cristiano sentimiento,  
Pues no dejó de estar en esto ciego:  
Asieron del gandules mas de ciento  
A quien se hizo del gandul entregó,  
Y brazos, piés, molledos y garganta  
Amarraron a una gruesa planta.

Estas crüeles diligencias hechas,  
Atado por mil vías al madero,  
Aperciben los arcos y las flechas,  
Y el misero servía de terrero,  
Donde sin desviar iban derechas  
Al beneplácito del balletero,  
Estremeciéndose con los dolores,  
Y el árbol ansimismo da temblores.

Con esta crüeldad dicha de suso  
Le clavan pechos, brazos, coyunturas,  
Mas él con el dolor tal fuerza puso  
Que quebró las espesas ligaduras,  
Y a pelear con todos se dispuso,  
Sacando de sí mismo flechas duras,  
Con puntas de las cuales ansimismo  
El envió contrarios al abismo.

Pues aunque ya traía trasapado  
De heridas mortales mortal vaso,  
Tras ellos iba tan encarnizado  
Como bravo leon en campo raso,  
Al tiempo que se halla rodeado  
De los que por allí pasan acaso,  
Y si le pican se desembaraza,  
Y a cualquiera que toma despedaza.

Desta manera fué rompiendo venas  
De los que van huyendo del portento,  
Hasta que de las frágiles cadenas  
Hizo separacion vital aliento,  
Para morar en las eternas penas,  
Lievando cuatro muertos al tormento,  
A quien él antes desta su partida  
Hizo que se partiesen de la vida.

En la ciudad el resto de la gente  
Jamás quiso salir de sus moradas,  
Y defendían valerosamente  
No ser de los estraños saqueadas,  
Hasta tanto que fuego mas ardiente  
Se les hizo dejar desocupadas,  
Prendieron muchos en aquel estrecho,  
Sin que tomasen cosa de provecho.

Por mucha diligencia que se puso  
En trastornar alhajas del vecino,  
No se halló cerrado ni recluso  
Punta de oro bajo ni de fino,  
Por no tener aquestas gentes uso  
De lo que causa tanto desatino:  
Solamente sus bienaventuranzas  
Eran las sementeras y labranzas.

Desta era provincia proveida  
Y por todos espacios bien poblada:  
Gente lozana, blanca, bien fornida  
Y a su defensa muy determinada,  
Y así la nuestra no fué recibida  
De paz, ni puso miedos el espada,  
Ni de sus pueblos, vista su presencia,  
Determinaron de hacer ausencia.

Era para poblar de gran sustancia,  
Si cayeran entonces en aquesto;  
Mas como luego no viesan ganancia  
Y tuviesen el riesgo manifesto,  
Salieron no con poca vigilancia  
En busca de terreno mas compuesto,  
Para que con aumento de despojos  
Se templasen los helicos enojos.

Caminaron con orden conviniente,  
Sin que ninguno dellos se desmande,  
Y con deseo ya de ver la frente  
De guía cierta que con ellos ande:  
Un día dieron repentinamente  
En aquel que llamaron río Grande,  
La distancia del cual de orilla a orilla  
No les causó pequeña maravilla.

Holgáronse de ver en sus riberas  
Diversidad de árboles sombríos;  
Entretejidas grandes cañaveras,  
Que suelen ser ornatos de los ríos;  
En partes estendidas sementeras,  
Por las aguas frecuencia de navios,  
Que son, según dejamos, unos leños  
Cavados, palos grandes y pequeños.

No faltó poblacion ni faltó puerto  
Que por allí les vino muy a pelo,  
Y no dejaron de tener por cierto  
Ser río que cubría tanto suelo,  
El que por mar había descubierto  
El portugués Hierónimo de Melo;  
Por cuyo curso, yendo bergantines,  
Descubrieran tierras muy insines.

Por orden del caudillo que los manda,  
Luego fueron en busca de buhios,  
Y el cumplimiento ven de su demanda,  
Pues los hallaron, pero ya vacíos  
De moradores, que por otra banda  
Apresurados van con sus navios,  
Donde llevaban todos sus haberes  
Con prendas de hijuelos y mujeres.

Mas aunque no tenían indios presos,  
Todavía de lo que les restaba  
Olieron los ventores y sabuesos  
Copia de oro fino que pesaba  
En cantidad de mas de diez mil pesos,  
Muestra que mucho mas adivinaba:  
Con el cual cebo nuestras compañías  
Allí gastaron diez ó doce días.

Entre tanto que allí se detenían  
E guías de la tierra se tomaban,  
Muchos indios amigos que traían  
En aquel amplio río se bañaban;  
Pero cuantos entraban no salían,  
Antes la mayor parte se quedaban,  
Y con ser excelentes nadadores  
Siempre desaparecían los mejores.

Hallábase la gente descontenta,  
Ansi soldados como capitanes,  
Y a ningún español se representa  
La causa ni rason destes desmanes,  
Hasta que ya cayeron en la cuenta  
De voraces lagartos ó caimanes,  
Fiero dragon y acuática serpiente,  
Que hasta hacer presa no se sienten.

Esta bestia crüel parece muerta  
En el agua y a modo de madero;  
Pero para hacer su presa cierta  
No puede gavilán ser mas ligero:  
Va por turbias orillas encubierto  
Adonde cogen agua ó lavadero,  
Y aun sin sacar del agua la ventrecha  
De los que suenan fuera se aprovecha.

Pues como huela que por la ribera  
Anda bárbara gente ó española,  
Si no puede cazar de otra manera  
Procura hacer presa con la cola,  
Que con pesado golpe saca fuera,  
Y es tal, que bastara con ella sola  
A llevar plantas gruesas arraigadas,  
Cuanto mas a personas descuidadas.

Son en estas astucias tan continos,  
Que aunque viven con miedo del engaño,  
Todos aquellos bárbaros vecinos  
Reciben destas bestias mucho daño;  
Pues son en se lavar cuervos marinos,  
Y las corrientes aguas es su baño,  
Y es su recreacion y policia  
Lavarse muchas veces en el día.

Algunos indios por guardia cierta  
Hacen dentro del agua palizadas,  
Para que por allí no halle puerta,  
Y ellos tienen por tierra sus entradas;  
Mas natural instinto que despierta  
Al caimán en las noches mas cerradas,  
Entrase por la puerta que está fuera,  
Y cubierto con agua los espera.

No para que el entrada les defienda  
El crüel alguacil, mas la salida  
Procura de estorbar, porque se entienda  
Ser su jurisdiccion la tal guarida;  
Y así cuando se bañan le dan prenda  
Que no les cuesta menos que la vida,  
Y él para confirmar sus malas mañas  
Les da por aposento sus entrañas.